

## *Al cuidado de la intemperie: las maneras de habitar*

TEOLINDA BOLIVAR B.



Tinaco, estado Cojedes, 1935. Arquitecta.  
Doctora en Urbanismo.  
Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela.  
Una de sus obras más recientes,  
en calidad de coeditora,  
es *La cuestión de los barrios* (1996).

---

## ***Al cuidado de la intemperie: las maneras de habitar***

---

De la Venezuela rural a la Venezuela urbana

*Lo viejo, lo nuevo en lo viejo y novedades*

De la casa a la vivienda. La intervención del Estado

De la casa al apartamento

*De los apartamentos*

*Los superbloques*

*Otras soluciones verticales*

*Las quintas en las urbanizaciones residenciales*

*Remodelación y restauración*

*Del rancho a las casas y edificios de apartamentos en barrios urbanos*

La vivienda en construcción cuasipermanente: hogar  
de muchos ciudadanos

Reflexión final. La casa como estado del alma

Bibliografía

TENGO EL PRIVILEGIO de poder contar algunas vivencias y de dejar algunos testimonios sobre las maneras de habitar que se han creado, recreado o mantenido en nuestro país durante el siglo XX. Son el fruto de mí misma y del mundo de otros, así como de experiencias, resultados de investigación y aprendizajes en los trabajos que he realizado.

Empezaré con unas palabras de Gastón Bachelard, que no sólo coinciden con el significado de hogar, de la casa, que utilizaré en esta reflexión, sino que lo expresan bellamente: “Debemos [yo más bien diría queremos] demostrar que la casa es uno de los mayores poderes de la integración de los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. En esa integración, el principio unificador es el ensueño. El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinamismos diferentes, dinamismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente. La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella, el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano” (Bachelard, 1986: 36-37).

Para mí ese primer mundo del cual habla Bachelard empezó en la casa natal, que aún existe. Una casa grande, del llamado estilo colonial, en un pueblo llanero. Una más de las existentes a principios del siglo XX, con portones diferenciados: uno para la residencia y otro para el trabajo. Este último se hallaba principalmente relacionado con actividades agropecuarias, propias de la vida rural, ligadas al hato. Rememoro el transporte a caballo; también, en época de lluvias, el ordeño de las vacas traídas de la finca para sacar la leche y hacer el queso de mano, aprovechados tanto para el consumo familiar como para la venta. Esa casa era lo que hoy en día se llama una “vivienda productiva”, y el pueblo y sus alrededores también eran parte del espacio de producción, aunque no pertenecieran al dueño del ganado. Esta actividad terminó –según mis recuerdos– a finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta, por razones muy diversas: sanitarias, pérdida del ganado, costos, etc.

A pesar de los profundos cambios del país, de mi pueblo y de mi familia, la casona sigue en nuestras manos y está habitada. Podemos albergarnos en ella cuando lo deseamos y vivir o revivir la presencia de los seres queridos, sentir los



---

jazmines, resedáceas, rosas, que tanto benefician nuestro espíritu. Podemos *hallarnos en casa*.

De aquella casa donde nací y viví años felices, hasta hoy: ¿cuántas mudanzas he tenido que hacer? ¿Cuántas habitaciones conocer y a veces apropiármelas a pesar de que no me pertenecían? Actualmente vivo en Caracas en el piso 20 de un edificio de apartamentos construido a principios de los años setenta por el Banco Obrero, hoy Instituto Nacional de la Vivienda (Inavi). Pasé de aquella casa encerrada entre paredones de tapia pisada, con “aojadas” por donde comunicarse con

---

***Con estos apuntes de mi crónica habitacional –del alma llanera al alma urbana– echo a andar mis ideas, mi testimonio.***

---

los parientes vecinos, a un apartamento de amplios ventanales donde puedo adueñarme visualmente del paisaje abigarrado de una bella y espléndida metrópolis: la capital venezolana. Ahora los límites visuales se amplían hasta perderse en el infinito.

Con estos apuntes de mi crónica habitacional –del alma llanera al alma urbana– echo a andar mis ideas, mi testimonio. Sin duda, la

crónica que sigue se parecerá a la de algunos de mis lectores. En el caso de otros, sobre todo de los jóvenes de la Venezuela urbana, el paso rural-urbano no fue necesario, y por eso no saben que nuestro país vivió en el siglo XX una sustantiva metamorfosis. Sin ciertas referencias de esos profundos cambios, la historia de la vivienda del siglo es incomprensible.

Empezaré haciendo memoria del paso del país rural despoblado al país urbano con aproximadamente veinticinco millones de habitantes, tanto como los que hoy tiene Ciudad de México, una de las más grandes metrópolis del mundo. De esa dinámica los resultados más notorios son: el paso de la casa al apartamento; la aparición de las quintas o casa-quintas en urbanizaciones, y la metamorfosis del rancho de orillas a la casa o edificio de barrios urbanos.

Aunque estoy consciente de que los cambios sucedidos y la situación actual de la vivienda en Venezuela se deben principalmente a factores como los económico-sociales, culturales y políticos del país y del mundo, no me detendré en éstos. Con todo, en el caso particular de la producción del bien vivienda, sí abordaré temas esenciales, no sólo de las estructuras materiales (construcciones), sino también el referido al predominio del valor de cambio sobre el valor de uso.

Además de dar cuenta de las diversas soluciones de vivienda en la ciudad fragmentada, abordaré cuestiones de la siguiente naturaleza: ¿cómo se ha hecho para intentar garantizar que todos tengamos un hogar, y cuál ha sido el papel del Estado venezolano en tal tarea? ¿Por qué a esos hogares se les llama viviendas, aunque sean casas, ranchos, mansiones o apartamentos? ¿Cuáles son los sentimientos de quien tiene que pasar parte de su vida viviendo en una casa en permanente construcción? Para finalizar, consignaré una reflexión sobre el estado del alma según la casa que habitamos o que hemos habitado.

## **De la Venezuela rural a la Venezuela urbana**

### ***Lo viejo, lo nuevo en lo viejo y novedades***

El siglo XX ha sido testigo de profundas transformaciones de la porción construida del territorio venezolano. Es el cambio de un país rural a un país urbano. En el primero la gente vivía en el campo, en pequeños vecindarios y cuando mucho en pueblos y ciudades pequeñas, que para aquel entonces eran las pocas manifestaciones urbanas.

Aunque existen muchos factores que han contribuido a tal transformación, mencionaré seguidamente algunos de los que tienen más relación con la vivienda: en primer lugar, el aumento demográfico, las migraciones internas, y en menor medida las externas; asimismo, la unificación del país por medio de una incipiente red de vías que vinculó regiones hasta aquel momento separadas, o de difícil relación. Se cuenta que hasta principios de siglo para ir de las ciudades andinas y zulianas a Caracas los viajeros tenían que hacer un trayecto en barco pasando por Curazao para llegar al puerto de La Guaira.

Para no dejar una idea vaga de cómo era la Venezuela de la primera mitad de este siglo, mencionaré algunos datos tomados de los censos de población y vivienda realizados en los años veinte y treinta, citados en estudios sobre los procesos de urbanización en nuestro país (Cordiplan-ONU, 1971). Otros datos son tomados directamente de los censos de las últimas décadas (OCEI, 1993). Por lo demás, es urbano en esas definiciones censales todo asentamiento humano con más de 2.500 habitantes.

Como ya dijera, el dato más viejo lo encontré en un estudio de Cordiplan-ONU (1971: 52). Según esta fuente, en 1926 existían sólo ocho ciudades con más de 10 mil habitantes: Caracas (135.235), Maracaibo (74.761), Valencia (36.804), Barquisimeto (23.109), Cumaná (18.737), Ciudad Bolívar (16.762), Maiquetía (11.859) y Maracay (11.108). Diez años después, según el Censo General de Población de 1936, el total nacional era de 3.364.347 habitantes, de los cuales el 81,2 por ciento vivía en poblados menores de 2.500 habitantes. El número de ciudades mayores de 10 mil habitantes era de quince: se agregaban cinco a la lista de 1926. Entre éstas surge Cabimas, en el estado Zulia, como consecuencia de la explotación petrolera que ya había adquirido vigor. En este censo Caracas supera los 200 mil habitantes y Maracaibo los 100 mil. El proceso de aumento poblacional y migratorio continuó y en 1950 el número de ciudades mayores de 10 mil habitantes se elevó a 31.

Un dato interesante de recordar es que el 1° de octubre de 1955 Caracas alcanzó el millón de habitantes: "Este acontecimiento fue conmemorado mediante la colocación de una placa de bronce en la Plaza Ibarra, entre las dos torres del Centro Simón Bolívar" (De Sola, 1987: 18).

Los siguientes censos de población en 1961, 1971 y 1981, dan cuenta del cambio progresivo en la localización del poblamiento del territorio venezolano. En 1990 se realizó el último censo general de población del siglo XX. Según sus resultados, la

población total se elevó a 18.105.265 habitantes, viviendo ya el 84,1 por ciento en centros mayores de 2.500 habitantes. Venezuela se transformó en un país urbano (OCEI, 1993: 564). Entre 1936 y 1990 la proporción rural-urbana se invirtió y el país aumentó su población en casi 15 millones. Las ciudades y metrópolis ahora se mencionan cuando tienen más de 50 mil habitantes, siendo su total 56.

Casi todos los centros urbanos pasaron de ser pueblos o ciudades pequeñas a ser ciudades de relativa importancia y algunas, incluso, a metrópolis. Valga señalar que la única gran ciudad nueva que nos lega este siglo fue creada desde sus cimientos como soporte de la explotación mineral en el sur venezolano; nos referimos a Ciudad Guayana, fundada en los años cincuenta.

El tiempo transcurrido y el poblamiento han dejado sus huellas en las agrupaciones habitacionales que éstas conforman. Muchas hermosas casonas cargadas de historia, de presencias, han sucumbido al “progreso”; otras se han caído, como si se deshicieran, dado el material con el que estaban construidas, principalmente tierra cruda en las paredes de soporte. No obstante, aún unas cuantas quedan como testigos de una vida tranquila y pueblerina que muy difícilmente podrá recrearse.

Debo aquí traer el lenguaje de los poetas, que son los únicos, quizás, que pueden dar cuenta, hermosa y triste cuenta, de esta situación. Dirá así Vicente Gerbasi (1986: 245),

“Llevo mi casa en el tiempo  
del reloj de pared,  
como un derrumbe de asombros.”

Y Ana Henriqueta Terán (1975:49) nos comunicará esto:

“Se alaba esta casa plena de recursos seculares: se hace pan.  
Se hacen manteles, sábanas. La mesa servida. Se ocultan fechas,  
malas horas, ciertas plantas, ciertas plantas. Pesadumbre:  
fogón con rescoldos de días anteriores: banderas, banderas.  
Se ausculta el cielo: hombres que conversan debajo de los árboles;  
Se tiñen las botas del primogénito con jugos de acanto.  
Se acaba esta casa visitada por la humildad  
Y coronada de buenos deseos.”

Estos dos fragmentos poéticos nos ayudan, aunque con nostalgia, a pasar a la consideración de los tipos de agrupaciones residenciales que caracterizaron el comienzo de este siglo en los centros urbanos venezolanos. En su mayoría, éstos presentaban una morfología del medio ambiente construido donde se destacaba un centro formado por casas coloniales o inspiradas en éstas, y que estaban localizadas en *manzanas*. El resto era ranchos, o casas humildes, que se ubicaban en las *orillas*.

El crecimiento poblacional obligó la construcción de muchas viviendas: imagino que algunas eran mandadas a construir por quienes podían contratar y pagar

los maestros albañiles, o a una empresa que las hiciera a su gusto; otras, por el Estado, a través de instituciones *ad hoc* que se fueron creando; muchas más, autoproducidas por los usuarios. Este proceso, en el caso de algunas ciudades, entre ellas la capital, tuvo que hacerse muy rápido; cientos y a veces miles de unidades construidas en pocos años provocó lo que algunos llamaron el *estallido de la ciudad* (Lefebvre, 1972).

Aparecen entonces en el medio urbano venezolano las urbanizaciones residenciales, los desarrollos de vivienda de interés social y los barrios de ranchos. En los centros tradicionales o cascos se inicia el reemplazo de casas por edificios modernos; de esa forma hace su entrada el apartamento, como una de las novedades del siglo. Según Pardo Stolk, "La primera casa de apartamentos se construyó alrededor de 1920 de Romualda a Manduca", no obstante, sólo años más tarde se produce la difusión del modelo (Martín, 1993: 113).

Algunas veces la transformación del centro o de sus orillas lleva a la realización de operaciones de renovación urbana, como fue en Caracas la reurbanización de El Silencio, a la cual me referiré más adelante. El antiguo centro no sólo da paso a nuevas construcciones residenciales, sino también a la sede de instituciones públicas y privadas (comercios, oficinas, centros de diversión, etc.).

Es esa ciudad fragmentada en múltiples pedazos la que se ha consolidado progresivamente. Cuentan quienes vivían en la Caracas de los cincuenta que cuando se iniciaron las autopistas urbanas, se hablaba de un "injerto de venado con morrocoy", para así ilustrar las diferencias de velocidad que podían alcanzarse. El sistema vial se fue conformando hasta la introducción del metro en los años ochenta, y todavía está en proceso de ampliación. Esos centros urbanos, resultado de las transformaciones de este siglo, llevan en sus entrañas muchos cambios que repercuten en la manera de vivir del venezolano. Creo que algunos de éstos son intrínsecos a las nuevas formas de organización del espacio, al tiempo de ocupación, así como al ritmo rápido que sustituye a la lentitud que significa ver crecer las plantas. Pero esto, desde luego, no es una exclusividad venezolana. Así pasa también en otros países donde la gente simplemente no se mira, y todo atisbo de solidaridad se ve interferida por la prisa cotidiana, por el compromiso contraído con semanas o meses de antelación, donde no hay tiempo para lo inesperado, para la sorpresa.

La indiferencia ante el problema del otro va configurando un mundo de relaciones distinto al conocido, y que no sabemos adónde nos llevará. No decimos que sea malo; no lo juzgamos mejor o peor. Sin embargo, creemos que hay valores que se han ido perdiendo en las relaciones humanas y que necesariamente hay que rescatar y revivir en lo nuevo que surge de lo viejo (Jacobs, 1967). Esto puede ser una realidad más frecuente en los fragmentos de la ciudad mercantilizada, donde domina

---

***A pesar de los cambios  
que se produjeron  
en el siglo xx, afirmo  
que aunque se hable  
de vivienda...  
ésta seguirá siendo  
la casa... Porque la casa  
es nuestro rincón  
del mundo.***

---

la vivienda mercancía, en la que los espacios semipúblicos y públicos –por ser vendidos– son limitados y a veces reducidos a su mínima expresión. Además, los metros cuadrados por persona en los espacios privados (léase apartamentos) se han ido reduciendo progresivamente. Esto refleja una cara diferente a la que apreciamos en el fragmento constituido por los barrios urbanos que comenzaron con un rancherío, conocidos por muchos como la *ciudad marginal* o *ciudad informal*. En esa parte –por muchas razones– se han recreado formas de relación, magistralmente analizadas por Alejandro Moreno en su obra sobre la episteme popular

como alternativa (1993). Considero que en los barrios aún se mantienen solidaridades que ojalá no se pierdan.

### **De la casa a la vivienda. La intervención del Estado**

Los cambios cuantitativos poblacionales y su localización territorial, sobre los cuales versó el apartado precedente, llevan implícitas metamorfosis en las formas de referirse a los hogares, de producirlos, de hacerse de ellos, de vivirlos, de permanecer en ellos. Incluso ha cambiado la expresión comúnmente utilizada para

referirse al lugar habitado: poco a poco se ha sustituido *casa* por *vivienda*. Esta última expresión se entronizó y se generalizó para quedarse.

Una reflexión inédita de la socióloga Tosca Hernández (1991: 2) es esclarecedora del cambio:

“Cuando se habla de la ‘vivienda’ se tecnifica y universaliza su significado, destacando, fundamentalmente, su rasgo de utilidad y neutralizando las connotaciones que por el contrario la palabra casa nos sugiere. Sin embargo y a pesar del intento, estas connotaciones sólo se coagulan, pues quienes la viven es en ellas donde sustentan sus significaciones y por lo tanto sus deseos.”

La producción de viviendas se tecnifica y generaliza porque ya no se trata sólo de satisfacer una necesidad familiar, sino también de aprovechar la demanda de otras familias en beneficio personal. Se construyen viviendas para la venta. Se resuelve así la falta de uno o de varios hogares para obtener una ganancia. Es la mutación de valor de uso a valor de cambio.

La demanda del bien así lo justifica, y se hace imperiosa la producción masiva, la producción en serie. Tal vez esa nueva forma de referirse al hogar llamándolo vivienda en vez de casa, lleva también implícito el profundo cambio que ha vivido Venezuela: de un país rural, de casas, al actual, de viviendas en forma genérica. Al hablar de viviendas me refiriero tanto a los apartamentos o viviendas multifamiliares, como a los ranchos, casas o edificios construidos con intervención del Estado.

Los cambios se empiezan a cristalizar con la presencia del Estado en la producción de viviendas, a través de la creación de un organismo estatal para atender la problemática de los que no tenían hogar:

---

*De aquella casa donde  
nací y viví años felices,  
hasta hoy: ¿cuántas  
mudanzas he tenido  
que hacer? ¿Cuántas  
habitaciones conocer  
y a veces apropiármelas  
a pesar de que  
no me pertenecían?*

---



“El 30 de junio de 1928, se crea el Banco Obrero [BO], dependiente del Ministerio de Fomento. Su objetivo proclamado es el de ‘facilitar a los obreros pobres la adquisición de casas de habitación baratas e higiénicas’, Ley del Banco Obrero, 1928. Los obreros en ese momento carecían de organización y de instrumentos de presión política. Asimismo sus salarios no eran superiores a Bs. 4 diarios, o sea Bs. 1.500 mensuales, [cantidad] que no permitía pensar en que pudieran disponer para vivienda más de 300 anuales. En 20 años no podrían pagar sino 6.000. Estas cifras aproximadas nos hacen pensar en la imposibilidad de pagar viviendas con un valor superior a Bs. 3.000 o 4.000 con los plazos y los intereses exigidos. Para ver si efectivamente el Banco Obrero respondía al objetivo proclamado o si más bien eran otros los objetivos latentes pero verdaderos, debemos comparar los niveles de la oferta del Banco Obrero con esta demanda aproximada. Además debemos analizar qué otros intereses entraron en juego y cuáles fueron los niveles de ingresos que efectivamente se adjudicaron las viviendas” (CEU y OESE, 1977: 53-54).

Como bien dicen muchos analistas, el “obrero pobre urbano” se vio desplazado por grupos de ingresos superiores.

Las hipótesis que se manejan en torno a la creación del BO se relacionan con al menos dos aspectos. Primero, la situación de desempleo mezclada con descontento político, que necesitaba mantenerse dentro de ciertos límites de modo que no se convirtiera en una crisis socioeconómica mayor. Segundo, el papel que se esperaba jugara en el fomento de la industria de la construcción, la cual requeriría un cliente como el Estado. Asimismo, tiene que ver con el mercado de la tierra urbana que en ese entonces empieza a requerirse, dada la demanda, principalmente en Caracas.

Esta institución ha sufrido muchos cambios. Por ejemplo, en 1936 su sede cambió de Maracay a Caracas a raíz de la muerte de Gómez; luego, en julio de 1949, queda adscrita al Ministerio de Obras Públicas. Más aún, como lo dicen personas entrevistadas, entre ellas el arquitecto Alfredo Cilento, testigo del quehacer del BO en las décadas del sesenta y setenta y luego investigador y asesor en diversas dependencias del Estado encargadas de solucionar el problema de la vivienda: “hay que reconocerle al BO su papel de escuela, de universidad de los venezolanos, hasta su transformación en el Instituto Nacional de Vivienda en 1975”.

Entre las experiencias memorables del BO que a mí conciernen, debo recordar la creación y desarrollo de “Diseño en Avance”, especialmente los programas experimentales de San Blas y La Isabelica, en Valencia, y en éstos, la actuación del “maestro” arquitecto Henrique Hernández.

Otra institución estatal creada en la segunda mitad de este siglo es la conocida como “vivienda rural”, a la cual se refiere el investigador Roberto Briceño-León (1990: 94): “En 1958 se creó en Venezuela el Programa Nacional de Vivienda Rural. Era la llegada de la democracia, luego de casi una década de dictadura, y la idea de

---

una vivienda campesina estaba relacionada tanto con los logros estrictamente sanitarios como con la promoción del campesinado en el sentido social y político”.

Coincido con quienes consideran un éxito este programa, entre ellos el autor antes citado, quien al respecto dice:

“No sólo por el hecho de que en treinta años se hayan construido más de 280 mil casas; sino también porque su monótona repetitividad la convirtieron en el modelo de la ‘casa buena’ para los sectores pobres del país. De esta manera, la ‘vivienda rural’ se ha convertido también en el signo de la modernidad de estos grupos sociales que, cuando tienen recursos para construirse una casa, la hacen a semejanza de la ‘rural’, de tal forma que cuesta a veces distinguir cuál es el producto de la acción del gobierno y cuál es la producción privada que copia los símbolos –pues no siempre la técnica– constructivos del Estado” (Bricceño-León, 1990: 95).

A esa reflexión quisiera agregar que, en 1985, en el barrio Brisas del Paraíso de Caracas, encontramos que una familia adoptó el plano de vivienda rural cuando sustituyó el rancho ampliado donde había vivido más de 25 años.

Reconocemos el éxito de la vivienda rural en el caso antes mencionado, no así en lo referido al modelo utilizado, que parece no haber tomado en cuenta la vivienda vernácula y menos todavía la región donde se construía. El modelo de la casa rural se utiliza en regiones bien diferentes: los Andes, los Llanos, Oriente, Zulia, donde el clima, los usos y costumbres, así como el tipo de producción son distintos. También es de resaltar que se impuso un tipo de materiales que no eran los autóctonos, y que de cierta manera escapaban al conocimiento de la gente del lugar. El bahareque, el adobe, la palma, se descartaron por identificarse con el hábitat de insectos que transmiten enfermedades que diezaban a la población campesina –entre éstos el mal de Chagas, transmitido por el chipó. En reemplazo de los mismos utilizaron materiales industrializados, tales como el bloque de concreto o de arcilla y las láminas metálicas para el techo. Fue una manera de modernizar y a la vez de enterrar la tipología de la casa campesina, así como de proscribir materiales y técnicas al alcance de los usuarios. No obstante, en los últimos años se ha reaccionado y vemos con interés iniciativas –que involucran universidades, instituciones privadas y una que otra institución del Estado– para las cuales se reutilizan técnicas abandonadas.

A las instituciones del Estado ya mencionadas se han agregado otras progresivamente, con la finalidad de resolver la compleja crisis habitacional, creada tanto por el aumento acelerado de las ciudades, como por la incapacidad de la gente para pagar un bien de alto valor, como el requerido en un terreno urbanizado. Entre éstas: el Sistema Nacional de Ahorro y Préstamo, creado en los años sesenta, el cual ha servido no sólo a los promotores inmobiliarios, sino también a muchas familias solventes para construir la casa de los sueños, en la parcela previamente adquirida con ahorros familiares. También es de esa década el Fondo Nacional de Desarrollo Urbano (Fondur). Todas estas instituciones aún subsisten.

En los momentos de escribir este artículo, en los albores del último gobierno de finales de siglo, el Consejo Nacional de la Vivienda (Conavi), creado en 1990, aplica una *política de Estado* que pretende coordinar algunos de los organismos ya mencionados y otros que de cierta manera tienen también injerencia en la cuestión de la vivienda

Por supuesto, el Estado ha intervenido de múltiples formas para ayudar, tanto a los que tienen como negocio construir viviendas –léase promotores inmobiliarios– como a los que construyen para el uso familiar o individual –barrios de ranchos, hoy barrios urbanos– en terrenos la mayoría de las veces logrados a través de ocupaciones o invasiones.

A pesar de los cambios que se produjeron en el siglo XX, afirmo que aunque se hable de vivienda y que las misma se tenga que comprar –no tanto porque nos guste o se adecúe a nuestras necesidades de espacio, sino por lo que podemos pagar–, ésta seguirá siendo la casa:

“Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es –se ha dicho con frecuencia– nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. Vista íntimamente la vivienda más humilde ¿no es la más bella?” (Bachelard, 1986: 34).

### **De la casa al apartamento**

Casas desaparecidas o ya abandonadas se constituyen en moradas de un pasado inolvidable. ¿Quién podía imaginar que a comienzos de los años setenta viviría, por decisión propia, en un apartamento de un piso 20, en un lugar central de la capital venezolana? No es como mi casa natal; sin embargo, estoy satisfecha de poder vivir, como muchos otros caraqueños por adopción, en un apartamento. Hoy gozo de la vida urbana, aunque añoro ciertas cosas que aún existen en los pueblos. Tal vez el precio de la modernidad es “vivir en cajas superpuestas”. Así sucedió en otras grandes ciudades que se nos adelantaron en el proceso, especialmente las europeas.

El crecimiento rápido de Caracas, que superó con creces los cálculos de los especialistas, permitió y estimuló una pluralidad de soluciones. Entre éstas mencionaré –como ya lo hice– los apartamentos en conjuntos residenciales de interés social o para la clase media; las quintas, nueva modalidad o recodificación de la casa “estilo colonial” en la trama urbana central o de la casa de hacienda, además de la moda de influencia extranjera; y el rancho urbano, progresivamente transformado en la casa de los sectores populares, y sin darnos mucha cuenta, en la primera etapa de un conjunto multifamiliar.

Sí, los barrios caraqueños tienen desde hace unos cuantos años edificios de apartamentos que han surgido de la yuxtaposición de pisos, aprovechando la topo-

---

*En mi casa natal vive todavía una hermana que nunca salió de allí. Tres cuartos de siglo en la casa vetusta, con temor a las tormentas y vendavales, a que un árbol del patio se cayera y tumbara el viejo techo de caña amarga y tejas de uno de los corredores... Mi hermana no podría vivir en otro lugar. Al preguntarle dice: “me moriría”. Es como su segunda piel.*

---

grafía de colinas. Sobre estas modalidades en la forma de habitar referiré lo que a mis ojos de investigadora parece lo más relevante.

### ***De los apartamentos***

La novedad del apartamento, según el arquitecto J.J. Martín, investigador de la historia urbana venezolana o caraqueña, puede ubicarse a finales de la década de los treinta. Aunque la cuestión está aún en indagación, pareciera que fue el arquitecto Rafael Bergamín, de origen español, uno de los pioneros en construirlo y

***“[...] me pareció interesante hurgar en mis sensaciones más recónditas sobre lo que significa el lugar donde he vivido mis experiencias familiares y vecinales, etc., máxime hoy en día, alejada de la casa natal para vivir en un piso 15 del centro de la ciudad, que me lleva a reflexionar sobre esos espacios amados y por qué no, odiados, temidos”.***

habitarlo, además de coadyuvar a su difusión, y tal vez también a su aceptación. De esos años es también la institucionalización de la conserjería (Martín, 1993: 113).

El vivir en apartamentos ubicados en grandes conjuntos de viviendas multifamiliares hace su entrada en la ciudad capital, desarrollada en un valle muy estrecho. Caracas, a diferencia de Maracaibo, Valencia, Barquisimeto y otras ciudades importantes, dispone de poca tierra para expandirse, y es la ciudad que más atrae a los migrantes rural-urbanos y por supuesto a los extranjeros. No es de extrañar, por lo tanto, la gran demanda de viviendas que en ella se da.

Lo que a mi juicio fue una novedad, por la importancia de la operación, es la reurbanización El Silencio. Esta significó una operación compleja, pues trató con lo que hoy llamamos “renovación urbana”. Es decir, se acaba con lo existente y en su lugar se edifican con-

juntos modernos. En pleno centro de nuestra capital el deterioro físico y “moral” era ya insoportable a los ojos de muchas personas con capacidad de influir en la toma de decisiones. El gobierno, a través del Banco Obrero, se dispuso a comprar las propiedades y a reubicar a la gente que vivía hacinada en el perímetro seleccionado. Luego de sortear dificultades de diversa índole, las obras se iniciaron el 25 de julio de 1942 y el primer edificio –bloque 7– se inauguró el 5 de julio de 1944 (De Sola, 1987).

El proyecto ganador del concurso fue el de Carlos Raúl Villanueva, uno de los más destacados arquitectos venezolanos del siglo. Se trataba de un conjunto de siete bloques, con un tipo de vivienda uniforme para clase media, con jardines interiores, parques infantiles, instalaciones sanitarias en cada apartamento, cocina y corredores (De Sola, 1987: 76).

La obra fue realizada por las principiantes empresas constructoras criollas. Evocamos esto último para llamar la atención sobre un hecho a menudo ligado a El Silencio, a saber, que éste sirvió de escuela para la incipiente industria de la construcción. El conjunto habitacional se combinó con el comercio, y la arquitectura, inspirada en elementos coloniales, no constituyó una irrupción drástica en la morfología existente. Considero que es y será un hito de la arquitectura del si-

glo XX y una exitosa operación realizada con intervención del Estado, desde el Banco Obrero.

Entre los comentarios que me han llegado sobre la adjudicación de los apartamentos, uno se refiere al desinterés de la gente por ellos –un hecho que hoy puede parecernos increíble. Los venezolanos, ni siquiera los caraqueños, estaban acostumbrados a vivir en apartamentos, y menos de varios pisos. Se dice que los exilados españoles sirvieron de ejemplo, pues para ellos no constituía una novedad. Ahora muchos desearíamos tener uno de estos apartamentos, tanto por el tamaño como por el número de pisos y por su ubicación en pleno centro de la ciudad.

### ***Los superbloques***

Justo cuando Caracas está llegando al millón de habitantes, al tiempo cuando se construye la autopista Caracas-La Guaira, se introduce el llamado “superbloque”. Éste es “una unidad de vivienda multifamiliar que consta de 15 pisos en los cuales se hallan distribuidos 150 apartamentos de dos, tres y cuatro habitaciones dotados de servicios completos” (Banco Obrero, 1959: 34).

Entre 1954 y 1957 se construyen en Caracas 85 superbloques, donde vivirían cerca de 145 mil habitantes, y en La Guaira 12, para alrededor de 15 mil personas. El primero que se construyó fue el de Cerro Grande, y los dos últimos, los de Sierra Maestra en la hoy conocida urbanización 23 de Enero (Banco Obrero, 1959: 36-37, 40).

Los edificios constituían conjuntos que todavía hoy no pueden pasar inadvertidos; algunos están a la entrada noroeste de Caracas, a través de la autopista, otros en Maiquetía. Disponían de espacios libres alrededor, y de ciertos equipamientos. Mientras se construyeron, durante el gobierno de Pérez Jiménez, a la gente se la desalojaba de su rancho y se le daba como opción uno de esos pequeños apartamentos.

La pregunta que todavía nos hacemos es: ¿por qué se construyeron en una ciudad que apenas llegaba al millón de habitantes? La verdad es que mucha de la gente que se pensaba localizar en ellos venía del campo y de los ranchos que se demolían. Sus usos y costumbres no eran propicios al tipo de vivienda que se les ofrecía.

Algunas de las respuestas pueden ser: *la guerra a los ranchos*, la modernización de la ciudad. Tampoco se quería que la nueva y flamante autopista desembocara en unas colinas muy vistosas, pero llenas de ranchos. Tal vez los arquitectos que tenían en sus manos la concepción del proyecto vieron la oportunidad de ensayar las soluciones que se ponían en práctica en la Europa de la posguerra.

Muchas explicaciones pueden ser dadas, pero el tiempo demuestra que fue una solución inadecuada e inadaptada a los usos y costumbres del venezolano. Pareciera que tampoco se pensó en el mantenimiento de los edificios, que tienen ascensores y ductos de basura, ambos equipos difíciles de manejar en colectividad. Al presente el Estado tiene que poner en práctica operaciones muy costosas con objeto de mejorar las condiciones de vida de los usuarios. Además, actualmente los

espacios libres, que fueron pensados como áreas verdes, están tapizados de viviendas que partieron de un rancho.

La reacción de la democracia, en 1958, fue no continuar construyendo ese tipo de edificios. En los años sesenta fui testigo de una de esas experiencias, cuando en las terrazas que estaban listas para edificar un superbloque se construyeron edificios de cinco pisos, sin ascensor (La Libertad, en el 23 de Enero). Años después el mismo Banco Obrero volvió a construir edificios multifamiliares de muchos pisos, tantos o más que los de los superbloques. Algunos estaban destinados para la clase media; en uno de ellos vivo yo.

### ***Otras soluciones verticales***

En los últimos treinta años la construcción de edificios de apartamentos ha sido considerable en todas las grandes ciudades venezolanas, incluso en aquellas que se caracterizaban por la expansión horizontal, como es el caso de Maracaibo y Barquisimeto.

Sin pretender ser exhaustiva, no podemos dejar de mencionar el conjunto de Parque Central, en Caracas, ejemplo de la reconquista del centro por la clase media. Constituye una ciudad dentro de la ciudad, incluso con servicios a escala metropolitana. Para muchos es el lugar ideal para vivir en la metrópoli. Los apartamentos reúnen las condiciones de habitabilidad deseables y están al alcance de su poder adquisitivo. De esta experiencia son muchas las lecciones –positivas y negativas– que pueden extraerse, las cuales deberían servir para la continuación del desarrollo de la capital y de otras ciudades que siguen su ejemplo.

En casi todas las ciudades venezolanas, los apartamentos –tipo penthouse o ubicados en conjuntos de alto estándar– son los preferidos incluso por familias de altos ingresos, ya que en ellos se goza a la vez de ciertos sofisticados equipamientos, como piscinas, sauna, baños de vapor, gimnasios, etc., mantenimiento de los espacios libres (jardines, entre otros), y mayor seguridad. Reiteramos nuestro modo de pensar: el apartamento es una novedad del siglo XX que se entronizó para no irse.

### ***Las quintas en las urbanizaciones residenciales***

Algunos autores sostienen que la quinta hizo su aparición en el siglo XX como “alojamiento a los gobernantes o acaudalados comerciantes” (VV.AA., 1989: 282). La verdad es que su utilización en las llamadas urbanizaciones corresponde a este siglo, cuando la morfología tradicional –centro y “orillas”– estalla, y en la ciudad van apareciendo fragmentaciones de importancia, desconocidas hasta los primeros años de 1900.

Las *quintas* son viviendas unifamiliares, rodeadas de jardines o espacios libres, situadas en parcelamientos urbanos dotados de todos los servicios. En la gran mayoría, los jardines que rodean la construcción reemplazan los patios de las casas tradicionales coloniales. Los corredores y el zaguán son recodificados con el

porche o galerías que rodean algunas de las quintas, o casaquintas, como también se les llamó. El diseño está adaptado a las necesidades y gusto de los dueños; en algunas, prestigiosos arquitectos fueron llamados para diseñarlas.

Los propietarios las hacían construir y ellos mismos aseguraban su financiamiento. Es bueno señalar que la creación del sistema hipotecario ayudó a muchos profesionales recién graduados a que construyeran sus quintas en las urbanizaciones de las grandes ciudades. El Banco Obrero también puso su “granito de arena”, pues en los primeros años de democracia concedió muchos créditos a quienes adquirieron parcelas en las urbanizaciones que habían quebrado con el cambio de régimen (caso de Prados del Este, Colinas del Mirador, Cafetal, La Trinidad, etc.). Por otra parte, el mismo Banco Obrero tuvo que comprarles los terrenos, urbanizados o no, a los urbanizadores en quiebra. En las grandes ciudades las urbanizaciones que han ido adquiriendo una localización óptima, muy demandada, hoy cambian las espaciosas quintas por lujosos apartamentos. En Caracas pensamos en El Paraíso, Los Palos Grandes, Campo Alegre, Sebucán, Los Chorros, etc. Poco a poco la imagen de la ciudad va transformándose, así como los hábitos de los residentes capitalinos.

Este proceso de transformación de casas unifamiliares, de uno o dos pisos, ya se venía experimentando en los centros tradicionales; ahí también se construían edificios multifamiliares, frecuentemente adosados por ambas fachadas laterales. El resultado material es otro, y los demandantes también (de menores recursos económicos e interesados o resignados a vivir en la trama central). Hoy las urbanizaciones son mixtas: edificios multifamiliares residenciales y quintas que, quién sabe hasta cuándo, todavía resisten a los cambios.

### ***Remodelación y restauración***

Otro proceso que también se da en la ciudad formal –la que “cumple” los requisitos exigidos por las reglamentaciones vigentes, con permisos de construcción– es la remodelación de las edificaciones existentes. En algunas ciudades, como Maracaibo, Ciudad Bolívar, Coro, La Vela, se han restaurado las antiguas casonas coloniales para diversos usos culturales, administrativos, comerciales, etc. Es interesante el caso de Coro y La Vela, declaradas patrimonio cultural mundial por la Unesco. Allí la Corporación Mariano Talavera ha puesto en práctica también el rescate de casas sencillas –que no son monumentos–, con la participación de la población (Guerrero, 1998: 4-5).

### ***Del rancho a las casas y edificios de apartamentos en barrios urbanos***

He dejado como última consideración el paso de la vivienda precaria urbana situada en barrios urbanos, a la que progresivamente sus propietarios-habitantes

---

***Es el cambio de un país rural a un país urbano. En el primero la gente vivía en el campo, en pequeños vecindarios y cuando mucho en pueblos y ciudades pequeñas, que para aquel entonces eran las pocas manifestaciones urbanas.***

---

la transforman en una casa. Se trata de una casa en construcción, a la vez que sirve de habitación. Aunque el rancho existe desde hace varios siglos, y hoy podemos encontrarlo igual o semejante a los que observamos en dibujos de los primeros años del descubrimiento de Venezuela, en la segunda mitad de este siglo ha sufrido una profunda metamorfosis. Dejó de ser el rancho de orillas de pueblos y ciudades y pasó a ser la respuesta masiva de los habitantes urbanos que no tenían cómo hacerse de una vivienda unifamiliar en la ciudad. Los conjuntos de ranchos dejan de ser rancheríos para convertirse en barrios urbanos. Las personas como yo, que

***Incluso ha cambiado la expresión comúnmente utilizada para referirse al lugar habitado: poco a poco se ha sustituido casa por vivienda. Esta última expresión se entronizó y se generalizó para quedarse.***

hemos sido testigos de las profundas transformaciones de algunos barrios caraqueños, nos emocionamos al relatar que al dejar de ir a ciertos barrios y tener la oportunidad de volver años después, nos cuesta creer y reconocer en una casa de materiales en duro, la barraca que sirvió para empezar el proceso.

En una de nuestras investigaciones trabajamos sobre los procesos de construcción ininterrumpidos y los llamamos "La producción del medio ambiente construido en los barrios de Caracas... ¡Una construcción permanente!". Analizamos una labor constructiva

continua, imposible de ser encerrada en plazos preestablecidos, donde lo que cuenta es el trabajo incesante y persistente de quien quiere tener una amplia y confortable casa en la ciudad, para él, su familia e incluso las futuras generaciones (Bolívar, 1987). No hay planos para guiar el proceso, que abarca desde la ocupación de un terreno, en general virgen, hasta la construcción de edificaciones de apartamentos en varios pisos, como sucede en Caracas, Los Teques y otras ciudades venezolanas.

Es lo nuevo que surge de lo viejo. Es el paso del rancho rural a la vivienda multifamiliar urbana, un proceso que hemos escudriñado en trabajos sobre la densificación de los barrios caraqueños (Bolívar *et al.*, 1994). También hemos dicho que quienes estoicamente han autoproducido sus hogares son los *hacedores de ciudad* (Bolívar *et al.*, 1995). Sin su aporte, hoy tendríamos mucho más gente viviendo en la calle.

La calidad y seguridad de las viviendas transformadas es muy variada, va de un extremo al otro, y algunas edificaciones pueden colapsar por defectos estructurales o por el deterioro a causa de filtraciones o problemas del terreno donde se asienta. Pero otras presentan buenas condiciones, tanto estructurales como en la distribución de los espacios.

Con el fin de no tergiversar la historia de creación y desarrollo de los barrios urbanos, es inevitable referirse a la existencia de un sistema de agentes sociales que los han hecho posibles (Bolívar, 1987). Las viviendas y los barrios se han construido con la intervención velada o manifiesta del Estado, especialmente a partir de 1958. Además del Estado y de los usuarios a quienes nos hemos referido, también han mediado los dueños de algunas de las tierras ocupadas o invadidas, las



asociaciones de habitantes, los que dirigen las ocupaciones, que en algunos escritos hemos comparado con los caciques. Cuando comienza, el barrio no tiene servicios de agua potable, cloacas, drenajes de aguas de lluvia, ni vías peatonales y vehiculares. Estas dotaciones las aseguran las instituciones que se han creado a lo largo de la democracia para atenderlos.

Los barrios han pasado por períodos en los que se los ha querido acabar. Durante el gobierno de Marcos Pérez Jiménez se puso en marcha lo que se popularizó como la *guerra a los ranchos*. Los superbloques, de los cuales ya hablamos, se hicieron para reubicar en ellos a los habitantes de los barrios. Luego, durante la democracia, más han sido los deseos de acabar con éstos que los efectivamente eliminados.

Así como dijimos de los apartamentos, los barrios urbanos –sus casas autoconstruidas y también sus edificios de apartamentos– hicieron su entrada para quedarse. Su ejemplo es seguido en las urbanizaciones de desarrollo progresivo. Vivir construyendo es una modalidad urbana que tomó auge en el siglo XX y que se ha institucionalizado.

### **La vivienda en construcción cuasipermanente: hogar de muchos ciudadanos**

*Escondarse en la flor*

No me pidan poemas de amor  
cuando quiero cantar la verdad  
es la vida la que hay que enfrentar  
yo no puedo esconderla en la flor

Alí Primera (1992: 42)

Hemos tratado diversos aspectos sobre la manera de habitar en el siglo XX, pero no debemos silenciar aspectos humanos de quien autoconstruye la morada familiar. ¿Cuántas cosas ignoramos y cuántas otras quedan ocultas en un proceso de años y de infinitas y diversas privaciones?

Cuando concebí esta parte de mi testimonio, no lo pensé como un apartado especial. Pero me surgió al volver a conversar con amigos habitantes de barrios caraqueños sobre los sentimientos que les produce construir durante años y alcanzar la meta: una casa terminada. Un resultado que, a veces, incluso como arquitectos, nos sorprende gratamente por la belleza, la modestia de medios para lograrlo, la querencia por la casa hecha con sus propias manos, que está situada en un barrio y que quizás no tiene todos los servicios.

Dos mujeres que asumieron en su tiempo la construcción de su casa de habitación, a partir de un ranchito, nos declaran la desesperación que sentían con “el polvo”. Además, los “corotos” los tenían que amontonar en una parte mientras se hacía o se mejoraba la otra. Como no tenían recursos económicos era imposible determinar previamente el tiempo que pasarían construyendo. Son años de trabajo excesivo, de sufrimiento y de imprevistos dolorosos: a P. se le cayó parte de su

rancho mientras dormía con su familia. ¿Qué hacer? Simplemente volver a empezar. Hay que buscar el dinero para los materiales, aunque no se tenga trabajo y aunque algunas veces, ni siquiera lo mínimo que se tiene alcance para la comida. Pese a que en ocasiones no lo manifiesten con palabras, los gestos y los vocablos emitidos son indicios de un sufrimiento y una resignación enormes.

Quienes no hemos tenido que pasar por esas experiencias, no podemos apreciar en su justo valor la satisfacción y alegría que declaran al terminar la casa o algunas de sus partes. “Es llegar a tener algo que es de uno”. Otra me decía: “Me siento como una reina vieja negra” y P., como muchos otros, expresa: “Me siento orgulloso de tener mi casa construida con mis propios medios”.

¿Cómo soportan tantos años haciendo la casa de sus sueños? E. nos dice que no hubiera hecho nada si no hubiera tenido una esposa que lo “obligó” a construir su casa. Lo que a mí siempre –incluso ahora, con más de treinta años de lidia en el conocimiento de los barrios– me deja estupefacta es la transformación del rancho en una casa. Del rancherío, a un asentamiento de viviendas de formas diversas donde predomina el ladrillo de las paredes sin frisar: es “la magia de las infinitas privaciones”.

Los habitantes entrevistados expresan agradecimiento y recuerdan a todos los que les han ayudado. No hay que olvidar que la *cayapa*, de origen campesino, transmitida de una generación a otra –no tenemos idea de su antigüedad– es todavía usada en la construcción de barrios y de casas en éstos. La *cayapa* y el *sancocho* tienen un puesto importante e incluso determinante en el proceso.

Para cerrar esta sección decidimos incluir las opiniones de Freddy, constructor y propietario de una primorosa casa de madera –un chalet, como él lo llama– en las colinas que conforman un barrio al suroeste del área metropolitana de Caracas, visible desde una carretera de acceso a la capital.

Para él, construir una casa de madera era una obsesión. “Se le metió en la cabeza”. Le movía el amor por su futura esposa. Él dice que todo lo que ha hecho se lo debe a Dios. Su narración está llena de referencias a la ayuda que Dios le ha prodigado para realizar su sueño. Realmente la casa de Freddy se destaca en el barrio, y más si se piensa en cómo son los barrios caraqueños. Ha sido amorosamente trabajada con maderas recogidas en uno de sus principales oficios: chatarrero, tarea que desempeña en momentos cuando ha perdido su trabajo fijo, que es el de panadero. Lleva 18 años trabajando la producción de su chalet: una de las cosas bellas que ha hecho es el tratamiento del talud con piedras azuladas. Sobre esto nos dice: “Dios me puso la prueba máxima. Sacar las piedras, picarlas, amontonarlas, hacer el terraplén... Ha sido un sacrificio. Cuarenta carretillas de piedra que tuve que transportar desde otro barrio, a cinco kilómetros de la obra”.

¿De dónde ha sacado el dinero para vivir y costear la construcción? De su trabajo. En la mayoría de los casos que hemos analizado en profundidad, los largos períodos para hacer la casa se deben a la falta de financiamiento, pues la construc-

ción va poco a poco y en cuanto la permiten los bajos ingresos. Trabajan, paran, los “arreglan”, y entonces con el dinero recibido autoconstruyen o contratan obreros o albañiles y dirigen la construcción.

Sin preguntárselo Freddy dice: “Lo único mal habido que hay aquí es el zinc. Lo agarré cuando el saqueo del 27 de febrero”. Días antes había pasado por la ferretería y el dueño le dijo que no había zinc. El día del saqueo la gente le decía “están saqueando” y él respondió “a mí no me interesa, zape gato, a ver si me dan un tiro”. Pero estando cerca de la ferretería se asomó por “un boquete” que habían abierto y vio una “pelotota de zinc” –“muchas láminas amontonadas esperando el aumento anunciado...”. Pensar que le habían negado un material que necesitaba para luego cobrarle más le dio indignación, sus expresiones son elocuentes y preferimos no transcribirlas. Se llevó entonces: treinta láminas de zinc, serruchos, taladros, candados, cables, enchufes, apagadores... Pero no agarró ni una sardina (él no quería saquear).

Para él fue “el día más importante de su vida”. El día de las risas. Todos los que se encontraban en las calles reían. Todo el mundo gozaba. Fue un momento de plenitud. Comparó éste con el día en que aprendió a leer. Pero las risas escondían la tragedia que se vivía y particularmente los de su clase. Muertos, desaparecidos, que una década después no sabemos dónde están enterrados. El Caracazo representó para él obtener lo que no podía con su poder adquisitivo, además de una suerte de venganza contra las “personas malas, perversas, egoístas, que no quieren el bien para Venezuela”.

Ya no nos acordábamos del Caracazo, del 27 de febrero de 1989, pero un autoconstrutor, oportunamente, se refiere al mismo y con su testimonio descorre uno de los velos sobre las fuentes de financiamiento de las viviendas en barrios urbanos contemporáneos. Siempre nos hemos preguntado de dónde sale el dinero para hacer las casas que se construyen súbitamente. Pensamos en un premio de lotería, una excelente indemnización, dinero del narcotráfico... Aquí vemos cómo los saqueos del 27 de febrero permitieron, tal vez, resolver casos específicos como el de Freddy.

Nuestro entrevistado da gracias a Dios de lo que ha hecho con las manos y expresa su felicidad: “Me siento gozoso porque soy el hombre más feliz del mundo. Tengo todo, Dios me lo ha dado todo”. Me pidió que pusiera su nombre para que sirva de ejemplo a otros, incluso a los malandros y gente sin trabajo, de un autoconstrutor constante, persistente y amoroso de la casa que construye.

Vivir construyendo, hasta llegar a tener la casa de los sueños, para muchos venezolanos ha sido posible en la segunda mitad de este siglo.

### **Reflexión final. La casa como estado del alma**

He decidido finalizar mi escrito con algunas reflexiones reunidas al calor de la emoción que me fue invadiendo a medida que avanzaba. Le he dado el nombre de “La casa como estado del alma”.

---

*¿Cómo soportan  
tantos años haciendo  
la casa de sus sueños?*

---

No se me escapan las dificultades para definir el alma. Me acojo entonces a lo que dice Thomas Moore (1993: 12):

“Es imposible definir con precisión qué es el alma. En todo caso, la definición supone un quehacer intelectual, y el alma prefiere imaginar. Intuitivamente sabemos que el alma tiene que ver con la autenticidad y la profundidad, como cuando se dice que cierta música tiene alma o que una persona notable está llena de alma. Cuando examinamos de cerca el concepto de ‘plenitud de alma’, vemos que se relaciona con la vida en todos sus aspectos: buena comida, con-

versación interesante, amigos auténticos y experiencias que permanecen en el recuerdo y que tocan el corazón. El alma se revela en el afecto, el amor y la comunidad, como también en el retiro en nombre de la comunicación interior y la intimidad.”

Sirva, pues, esta explicación, donde la vida cotidiana y los placeres

sencillos recorren en su totalidad los pensamientos sobre el alma (Moore, 1993: 20), así como una frase de un hermoso libro de Bachelard (1986: 104), que dice: “Toda gran imagen simple es reveladora de un estado de alma. La casa es, más aún que el paisaje, un estado de alma. Incluso reproducida en su aspecto exterior, dice una intimidad [...]”. Inspirada en ellos voy a consignar lo que podríamos llamar unas meditaciones en torno a los sentimientos profundos que nos produce la casa. Éstas brotaron de conversaciones con amigos y conocidos, cuando compartíamos vivencias y temas para este testimonio mío. Pero también de entrevistas no estructuradas y por último gracias a mi amiga, la antropóloga Teresa Ontiveros, a quien le pedí y quien tuvo la gentileza de ofrecermé sus pensamientos en torno al tema.

Empezaré por compartir parte del escrito de Teresa: “[...] me pareció interesante hurgar en mis sensaciones más recónditas sobre lo que significa el lugar donde he vivido mis experiencias familiares y vecinales, etc., máxime hoy en día, alejada de la casa natal para vivir en un piso 15 del centro de la ciudad, que me lleva a reflexionar sobre esos espacios amados y por qué no, odiados, temidos”.

“Como ya decía, hoy en día estoy viviendo en un apartamento y siento que las opiniones que me han dado mis informantes sobre sus casas, el amor que les profesan, el dolor de separarse de ellas, me ha tocado sentirlos en mi propia realidad. Cuando realizamos la mudanza, el cambio, en mí se apoderó el desasosiego, como primera observación. El vivir en un piso 15, el ascensor, un apartamento de unos 60 m<sup>2</sup>, produjo una inquietud; lo sentía en mi piel, en mi mente. Es importante acotar que realizamos la mudanza por la necesidad de lograr mayor independencia familiar. También, el vivir en una *casa grande*, en una zona popular (no llega a ser un barrio propiamente, pero está situada en la parroquia Sucre y para muchos Catia recuerda lo que como estereotipo se llama zona marginal), para dos profesionales resultaba un estancamiento en lo que se ha dado en llamar movilidad social; pues bien, razones familiares y sociales nos llevaron a buscar ‘algo mejor’. Pero la nostalgia me invade, la casa de mis

---

***Para él, construir una casa de madera era una obsesión.***

***“Se le metió en la cabeza”.***

---

padres, ¡cómo la recuerdo!, sus cuartos amplios, el patio, la platabanda, el lavadero y tendedero, el sol. Sí, el sol arrojando todo el lugar, los árboles, el canto de los pájaros, el señor que vende queso de mano y pasa los fines de semana, mi perra Sajama, a quien tuve que dejar en casa porque en un apartamento no se puede tener animales –además, estoy segura de que a Sajama le costaría acostumbrarse al nuevo lugar. He de confesar que si bien el apartamento es acogedor, la sensación de estar ‘encerrada’ a veces se hace muy fuerte, una vez más intento entender desde mi propia vivencia a aquellos informantes que hablan del apartamento como un lugar que los aprisiona, los sofoca. En efecto, para una persona acostumbrada a una casa, el apartamento le limita el sentido de la proyección corporal, es como sentirse con una camisa de fuerza y no poder disfrutar de lo que realmente ocurre alrededor”.

Teresa tiene apenas seis meses de haber realizado el cambio. Reflexionar sobre la casa la lleva a recordar aquélla donde vivió su infancia: “Esta primera casa evidentemente recoge más mis vivencias de familia extendida: mis abuelos y tíos paternos vivieron allí. Escribiendo estas líneas es como si se abriera una pantalla y captara a los primos y amiguitos jugando en el callejón, como si apareciera cual fantasma un señor altísimo a quien no por casualidad le decían Drácula y era el terror de nosotros los niños. No obstante, es bueno decir que el señor no era mala persona, todo ello alimentaba nuestro imaginario. También vienen a mi memoria los cuentos de aparecidos, y el patio de esta casa, aunque pequeño, en las noches se transformaba en un espacio fantasmal, cual niña veía o imaginaba que sentía algo sobrenatural. Así, esos espacios de la cotidianidad se cargaban de diversos sentidos de acuerdo a si era de día o de noche”.

“No creo que el paso de mi primera casa a la segunda fuese traumático, no, la casa impresionaba por su tamaño y lo que toda la vida me ha parecido sorprendente es su entrada de luz y ventilación. Leyendo esto que escribo, cualquiera pensará que hablo de una casa de campo o algo parecido, mas no, hablo de mi casa en la ciudad, en una zona populosa, pero que al entrar a la vereda dejaba atrás el mundanal ruido. Esta casa me entusiasmó desde un principio por sus cuartos medianamente cómodos. Esta fue la casa de mi entrada a la madurez, en ella comencé mis estudios universitarios. A mi regreso de un viaje de cuatro años, ella me volvió a cobijar. Creo que se me dificultaba el desprendimiento de la familia, de la casa, aunque a decir verdad, la casa ya venía enferma y quizás, como un ser humano, necesitaba más que arreglos superficiales. El techo principal, el de la sala, se estaba carcomiendo por la acción de las lluvias, quizás también se carcomía porque ella recogía todos los sinsabores y diferencias que se venían gestando entre sus moradores. Si la casa, como dicen algunos autores, es nuestra segunda piel, es lógico pensar que en ella se impregnan nuestros humores, nuestras frustraciones, nuestras limitaciones, como también brilla cuando desde nuestro interior se irradia la paz y el sosiego”.

“La imagen que guardo de esta casa es como de un gran sol, irradia luz, mucha luz. Ahora en el apartamento recuerdo esta casa-hogar. Admito que los primeros días pasados aquí fueron muy duros, hasta el punto de desear regresar a la casa; quizás también me hago una fantasía de la casa, porque problemas hay muchos”.

“Después de unos meses fui a la casa a visitar a la familia. Nadie puede imaginar lo que sentí al subir a la azotea, ver el lavadero, ver el cielo todo para mí. Cualquiera puede pensar que es una actitud un poco sensiblera y hasta tonta, pero es algo que escapa a una posición puramente racional. Creo que por un instante la Teresa niña afloró de nuevo y como Alicia en el país de las maravillas sentí que mi cuerpo crecía, crecía, hasta tocar las nubes y el cielo, mi rostro recibía toda la energía cósmica, mi respiración se hacía más profunda, en fin, me conecté con mi pasado-presente. Me quedé un rato paralizada, a lo mejor intentando recobrar esas energías vencidas y volver al apartamento con nuevos ánimos”.

Estas confesiones de Teresa dan fe de una serie de elementos contenidos en la vida actual urbana, donde pocas personas pueden ahorrarse las consecuencias. Entre muchas, vamos a resaltar la movilidad urbana y el paso de la casa al apartamento de superficie reducida.

Muchas familias caraqueñas y de otras ciudades importantes abandonaron las casas del centro para irse a urbanizaciones, a gozar de mejores condiciones de vida. Pero el matrimonio u otras razones obligaron a dejar otra vez la casa amada, los jardines, los árboles que tantas cosas les decían. Más adelante, esa misma casa que había quedado con los padres resulta grande y difícil de mantener y es vendida. Hoy, aunque exista, no puede muchas veces ser visitada por la persona que vivió allí su infancia. Como hermosamente lo escribe una amiga en fragmentos de su poema “Noche”:

Por las colinas neblinosas  
a los caminos del sueño,  
a las casas  
de la infancia  
buscan entrar

Rosalina García (1998: 61)

Este deseo, aunque realizable –la casa natal aún existe–, puede ser imposible en el momento, ya que son otros los propietarios y no la dejan visitar. ¿Qué es para esa persona ese deseo irrealizable? Puede ser continuar alimentando el imaginario infantil. Tal vez ahora adulta, muchos de sus recuerdos se desvanecerían y hasta le provocaría un desencanto.

Pero si estos casos evocan tantos pensamientos tristes para quien tiene vivienda, hay que imaginar lo que sufren los desalojados. Y no debemos olvidar por un momento que hay muchos en Venezuela que viven este camino de la cruz.

Una de las situaciones más frecuentes en el paso a la vida urbana, sobre todo para sectores de población que no tienen suficientes ingresos y estabilidad laboral, es no poder comprar o alquilar la casa deseada, la casa necesaria, la casa de los sueños. La superficie de los apartamentos a los cuales tendrían acceso, haciendo muchas veces un prolongado esfuerzo, es pequeña –tal vez más amplios que los de metrópolis europeas o japonesas, pero tomando en cuenta nuestros usos y costumbres, el clima, el espacio disponible (vivimos en un territorio de casi un millón de kilómetros cuadrados), es difícil acostumbrarse a pasar del “cuarto” al “dormitorio”, donde no caben sino muebles hechos a la medida, entre ellos las literas, y ni se piense en poner una hamaca—. Este problema se ha agudizado tanto que el Consejo Nacional de la Vivienda emprendió una investigación para conocer la situación (Abadí *et al.*, 1996: 67-80).

El problema se deriva principalmente del negocio inmobiliario, dados los bajos ingresos de la población demandante. La demanda toma en cuenta el poder adquisitivo y no las necesidades humanas. No pareciera importar que las superficies por persona se encuentren por debajo de las mínimas conocidas hasta ahora como suficientes para las personas adultas, y especialmente para la vida de los niños, que en superficies muy pequeñas pueden presentar problemas psicológicos, algunos irreversibles. A estas superficies reducidas del espacio privado se agrega el diseño exterior de las edificaciones y la mezquindad de los espacios semiprivados y públicos. Son tendencias evidenciadas aquí desde los años sesenta, pero agudizados en la última década. Más de una vez hemos oído las quejas en torno a esta situación, y lo que más nos inquieta es que no se toman medidas para resolverla. Por supuesto que no se puede hablar de satisfacción y felicidad en la gente que está obligada a vivir como “sardinas en lata”.

Finalmente, veamos ahora otro caso, tal vez excepcional, que me ha tocado compartir con mi familia. En mi casa natal vive todavía una hermana que nunca salió de allí. Tres cuartos de siglo en la casa vetusta, con temor a las tormentas y vendavales, a que un árbol del patio se cayera y tumbara el viejo techo de caña amarga y tejas de uno de los corredores... Mi hermana no podría vivir en otro lugar. Al preguntarle dice: “me moriría”. Es como su segunda piel. Cuántos recuerdos guardados, la presencia de los ausentes y la compañía de tantos hijos, nietos, biznietos... La casa solariega es sitio de encuentros, donde celebramos los acontecimientos sociales, donde recibimos a los amigos, donde tratamos de conservar las costumbres afectadas por la vida “moderna”.

Ya no es la casa productiva, ahora es una residencia demasiado grande, donde la soledad cotidiana mina la sensibilidad femenina de los mayores. No hay llaves, nunca hicieron falta; pero hoy la inseguridad también llega a ese pueblo llanero y a pesar de querer profundamente los espacios, sentirse satisfecho, es un riesgo dor-

---

*Sin preguntárselo  
Freddy dice:  
“Lo único mal habido  
que haya aquí es el zinc.  
Lo agarré cuando  
el saqueo del 27 de  
febrero”. Días antes  
había pasado  
por la ferretería  
y el dueño le dijo  
que no había zinc...*

---

mir solo en el caserón. En más de una ocasión los ladrones han entrado subiendo por los altos techos o por las puertas que se habían dejado abiertas.

Una casa como ésta es irreplicable: es memoria que puede recrearse y tomar del alma, de su "alma", lo que constituiría una fuente de júbilo para las nuevas generaciones. Para mí, además de sentirme privilegiada por poder volver a vivir unos días en ella, dormir y pensar en el cuarto donde vi la luz, ha sido fuente de inspiración en el diseño de varias casas de los sobrinos. A partir de "casitas" sencillas y baratas, fi-

***Aunque el rancho existe desde hace varios siglos, y hoy podemos encontrarlo igual o semejante a los que observamos en dibujos de los primeros años del descubrimiento de Venezuela, en la segunda mitad de este siglo ha sufrido una profunda metamorfosis.***

nanciadas por el Banco Obrero en los años setenta, he recodificado "el patio de las flores", y esto siempre es grato y confortable.

Termino diciendo que aunque tal vez no podría vivir de nuevo en mi pueblo natal, añoro volver a él, caminar por sus calles, ir a la iglesia. Saber que si ando en la calle de noche muchos ojos detrás de las mamparas de las ventanas me acompañan. Allá no tengo miedo de salir, tengo miedo de dormir sola en el caserón. Aquí en Caracas tengo miedo de salir a pie, de noche; por el contrario, en mi apartamento bajo rejas y cerrojos me siento protegida. Mi alma llanera, aunque lo sigue siendo, es también urbana y metropolitana.

#### BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (1989): *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1997.

ABADÍ, I. *et al.* (1996): "Evaluación de viviendas reducidas", en: *Enfoques de Vivienda 96*, Caracas, Consejo Nacional de la Vivienda.

BACHELARD, G. (1986): *La poética del espacio*, México DF, Fondo de Cultura Económica.

BANCO OBRERO (1959): *Proyecto de evaluación de los superbloques*, mimeo, Caracas.

BOLÍVAR, T. (1987): *La production du cadre bâti dans les barrios a Caracas... Un chantier permanent!* Tesis de doctorado, París, Universidad de París XII.

BOLÍVAR, T. *et al.* (comps.) (1995): *Hacedores de ciudad*, Caracas, UCV, Fundación Polar y Consejo Nacional de la Vivienda.

BOLÍVAR, T. y BALDÓ, L. (comps.) (1995): *La cuestión de los barrios*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Fundación Polar y Universidad Central de Venezuela.

BOLÍVAR, T.; M. GUERRERO; I. ROSAS ; T. ONTIVEROS y J. DE FREITAS (1994): *Densificación y vivienda en los barrios caraqueños. Contribución a la determinación de problemas y soluciones*, Caracas, Mindur-Conavi (Premio Nacional de Investigación en Vivienda, 1993).

BRICEÑO-LEÓN, R. (1990): *La casa enferma. Sociología de la enfermedad de Chagas*, Caracas, Fondo Editorial Acta Científica de Venezuela y Consorcio de Ediciones Capriles.

CENTRO DE ESTUDIOS URBANOS (CEU) y Oficina de

Estudios Socioeconómicos (OESE) (1977): *La intervención del Estado y el problema de la vivienda* (documento de investigación), vol. I, introducción contexto nacional, mimeo, Caracas.

CORDEPLAN-NACIONES UNIDAS (1971): *Proyecto Ven 11. Urbanización en Venezuela. Estado Actual de la Investigación*, mimeo, Caracas.

DE SOLA, R. (1987): *La reurbanización de El Silencio. Crónica*, Caracas, Armitano.

GARCÍA, R. (1998): *Poesía*, Santo Domingo, República Dominicana, Colección Espacios Culturales.

GERBASI, V. (1986): *Obra poética*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

GUERRRERO, M. (1998): "Más allá de los monumentos. Una nueva experiencia de revitalización de centros históricos al occidente de Venezuela", *Ciudades de la Gente*, núm. 13. Caracas.

HÉRNANDEZ, T. (1991): *Vivienda y desarrollo social*, mimeo, Caracas.

IMBESI, G. y E. VILA (1995): *Caracas. Memorias para el futuro*, Roma, Gangemi Editores.

JACOBS, J. (1967): *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Ediciones Península.

LEFEBVRE, H. (1972): *La revolución urbana*, Madrid, Alianza Editorial.

MARTÍN FRECHILLA, J.J. (1993): "Rafael Bergamín. Tiempos modernos en Caracas", *Inmuebles*, núm. 12, Caracas.

MOORE, T. (1993): *El cuidado del alma. Guía para el cultivo profundo y lo sagrado en la vida urbana*, Barcelona, España, Ediciones Urano.



MORENO OLMEDO, A. (1993): *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*, Caracas, Centro de Investigaciones Populares y Universidad de Carabobo.

OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (OCEI) (1993): *El censo 90 en Venezuela*, Caracas, OCEI.

PARDO STOLK, E. (s/f): *Las casas de los caraqueños*, Caracas, sin datos editoriales.

PRIMERA, A. (1992): "Escondarse en la flor", *Que mi canto no se pierda* (cancionero), Caracas, Euroamericana de Ediciones.

TERÁN, A.E. (1975): *Libro de los oficios*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

